

chara de palo á la altura de la boca. Ahora afirman que el alcalde activará estas obras; que caerán presto los viejos edificios. Lo veremos, como diz que dijo el prudente Agrages.

Si por ahora no se hace cosa mejor, parece que el anuncio de las obras de la Gran Vía ha atraído á Madrid un sinnúmero de trabajadores de los pueblos limítrofes. Estos brazos sin empleo adquieren la importancia de un problema, pero, al mismo tiempo, yo hallo consolador que se pida trabajo en España, por que revela que la emigración no nos ha dejado enteramente sin hombres, y que estos hombres desean ganarse la vida honradamente. Nada más penoso que pedir trabajo y no poder conseguirlo. El caso, no obstante, se da á menudo en este clásico Madrid de la «cebolla.» Hay mucha gente que de la noche á la mañana se queda «de más;» hay operarios á quienes se emplea en invierno y se despide en verano — como si en verano no se comiese también. — Las industrias madrileñas sufren imperiosas vacaciones. Aquí no hay costumbre de preparar en los meses de calor el surtido para los meses de frío, y viceversa, como se hace en París. Hay circunstancias en que se necesitan operarios y operarias con empeño, y otras en que se les planta en la calle. Que se busquen la vida. Y lo que hacen es empeñar la ropa por no dejar vacío el estómago.

Esto de la «cebolla» debiera preocupar más de lo que preocupa. La previsión no ha llegado todavía á ser una virtud de resistencia en las clases pobres. Se exige más de lo que se precave. Y la exigencia es un peligro, porque trae de la mano el retraimiento de los capitales, la timidez leporina del dinero. Me parece significativo el hecho de que sea siempre el Estado, en una ú otra forma, el que tenga que solucionar los conflictos que se producen por falta de trabajo. Sería mejor que los capitales, cómodamente colocados en renta pública, circularan en empresas y actividades fecundas. Madrid debiera crecer, debiera convertirse en gran urbe europea. No es posible... Se teme á la huelga, se teme al incesante aumento de jornal ó á la disminución de jornada de trabajo, que en suma viene á ser lo mismo. Y, contra estos recelos, no hay fuerza, no hay modo de reaccionar.

Es preciso considerarlo todo, en estas cuestiones donde existe lucha de intereses, y en que se trata de abrir ó cerrar el bolsillo. Dar trabajo... Modestamente, cada cual en su esfera, damos trabajo alguna vez. ¡Y tropezamos con tan inesperadas molestias! A decir verdad, en lo pequeño se compendia lo grande. Los que hemos construido una casa, sabemos la vigilancia que es preciso ejercer para que no nos frustren el intento y no nos arruinen los que la construyen. Es una verdadera lucha de todos los instantes, que la buena fe y la buena voluntad evitarían. Un solo detalle, entre doscientos mil. En vano, al edificar las Torres, se advirtió á los operarios que sus zuecos claveteados estropeaban las aristas de la piedra, y que, al saltar por las ventanas, las rompían, y las dejaban melladas, destrozadas. En vano fué ofrecerles alpagatas. No las calzaron. No hay arista de las Torres de Meirás que no esté descalabrada, y los mismos que labraban los capiteles, al colocarlos, los rompían con indiferencia.

En Madrid, peor aún que en los rincones de provincia. ¡Si yo contase los episodios de obra tan sencillísima como dar una mano de pintura á un baño de zinc! ¿Y por qué no? Ello demuestra que todo el mundo tiene que corregirse de muchísimos defectos, y el burgués que da trabajo no es siempre un tirano cruel. Yo empecé por llamar á un «maestro» pintor. Me pidió cincuenta pesetas por tres manos de albayalde y otra de ripolín. Me pareció, como dicen en *Tauca*, «tanido.» Y le dije: «¿Por qué tanta plata por una puerta, y le avisé. Nos ajustamos en diez pesetas, dando yo el material. Fué condición expresa que entre mano y mano de pintura transcurriese un plazo de tres días. Eran nueve; pero, transcurridos tres, el obrero dió por hecha la obra. Le recordé lo contratado. Se puso por las nubes; gritó que no congelábamos y que él se iba indignado, desdenando el miserable dinero. Insistí en pagarle lo hecho; insistió en no cobrar. No hay que quitarle el gusto á nadie, decía el gitano; y le dejé que se fuese, no sin advertirle que, si no venía á cobrar pronto, yo daría una limosna por su intención y estaríamos en paz. Repitió en largo discurso que él despreciaba el oro, y que su dignidad y honradez eran primero. Como yo no veía la relación entre su dignidad y el hecho de haber pintado el baño sin dejar que se secasen las capas anteriores, me encogí de hombros. A los dos días, me presentó, con urgencia, la cuenta. Pagué, y me dirijí á una casa de papeles pintados en demanda de que terminasen la obra comenzada. La casa, en atención á que ya tenía el objeto sus tres ma-

nos y sólo faltaba la de ripolín, exigió sólo la módica suma de treinta pesetas. Como quiera que un baño nuevecito y de porcelana cuesta cien, iba ya á enviar al desván el viejo, cuando he aquí que un carpintero, llamado para clavar un cajón, se ofreció espontáneamente á rematar la pintura del asendereado baño. ¡Solución tan española!

Esta pequeñez es típica. Se paga muy caro, en todos sentidos, el dar trabajo, y se teme como al fuego lo que sea tener en casa «obra.» Otros obreros domésticos, los criados, son los primeros que se aterrorizan cuando se les dice que van á venir soldados, pintores, albañiles ó carpinteros. Les estremece la idea de lo que manchan, de lo que estropean, de las puntas de cigarro, de los desperfectos. Yo tuve una vez carpinteros que echaron cuentas, con un lápiz enorme, sobre el papel acabado de pegar por los papelistas.

Por eso, más de cuatro veces, veréis eternizarse una decoración ya deteriorada, una cal negruzca, una resquebrajada pintura, un piso de baldosin desquiciado. Los particulares evitan dar trabajo. Y esto es un mal, un mal muy grande.

En la zona que la Gran Vía ocupará, existen establecimientos interesantes, tiendas que van á desaparecer ó al menos á transformarse y sufrir cambios de local. Los más importantes, para mí, son los de abaniquería. Dos años tiene aún de plazo, para trasladarse, la antigua casa de Serra, donde el abanico y la sombrilla vieron alzarse por tantos años su palacio. Sólo que el abanico abarca lo antiguo y lo moderno, mientras que la sombrilla es moderna por naturaleza: se diría que no tiene pasado. En efecto, rara vez veréis en las vitrinas ó por los rincones de las tiendas de chamarrero sombrillas antiguas, mientras que el abanico parece dotado — siendo tan frágil — de inmortalidad.

Vende, pues, la casa de Serra — después de Lamba y hoy de González — sombrillas de última moda y abanicos también modernos de *Chantecler!* — pero su especialidad es el abanico — objeto de arte, el abanico de otras épocas, cuando se sabía sentir la belleza de ese encantador accesorio femenino, su elegancia y la diferencia entre un abanico de dama y un abanico sencillamente para hacerse aire. El ruido rasgado del abanico, que tiene cierto parentesco ó afinidad con el de los muelles de la navaja, será cosa muy pintoresca, pero el abanico fino, delicado, señorial, no puede abrirse con ese garbo manolésco... porque se haría trizas.

Serra fué quien implantó en España la rebusca y descubierta de soberbios abanicos antiguos. Las aficionadas, allá por los años del 60 al 75, frecuentaban su establecimiento, se entretenían en él, por las mañanas. La condesa de Campo Alange, apasionada de abanicos y tabaqueras, adquirió en casa de Serra algunos de los más bellos de su rica colección, dispersada á su muerte, como sucede á todas las colecciones. Serra, el viejo, á fuerza de manejar tan primorosas monerías, acabó por contraer también pasión de coleccionista, y reservar para sus hijas un grupo de abanicos notables. Lamba, su yerno, no se libró del mismo achaque y sintió la atracción de esa joyita que resiste al tiempo y nos habla de las psicologías que pasaron. No sé por qué, por un capricho de imaginación inquieta — nada mejor que la inquietud — al oír hace dos días al sabio paleontólogo Cartailhac explicarnos, en la Universidad, cuáles fueron los primeros instrumentos de que la humanidad se sirvió; al enseñarnos esos trozos de piedra sílicea ó calcárea, apenas desbastada, rudos cuchillos con que se despedazaba la presa; al pensar en el vivir de nuestros remotos ascendientes, para los cuales fué tan enorme adelanto la adquisición de esos pedruscos, *que abastaban de maguilla*, le tenía á vista que, al manejarla, lo que ocurría á mi mente era el abanico. Colocar juntos, en una vitrina, los primitivos cuchillos de sílex y un abanico Luis XV, pintado por Watteau..., ¡qué abreviada muestra de la evolución humana!

¡Y sin embargo, en el fondo, las mismas pasiones, los mismos sentimientos, igual espíritu animaban á los habitantes de las cavernas donde el oso feroz dejó impresa la huella de su planta, que á los contemporáneos de madama de Pompadour, ó á los actuales *clubmen* que van á presenciar los vuelos de los atrevidos aviadores! Son los tiempos y es el estado de cultura lo que cambia; pero ni la obscura selva del corazón humano ni la contextura prodigiosa del cerebro difieren esencialmente de como fueron desde su origen, y, según acertadamente decía Cartailhac, tanto revela el genio del hombre ese grosero cuchillo de pedernal, como el descubrimiento de la máquina de vapor ó la telegrafía sin hilos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Aunque despacio, se progresa también en Madrid, venciendo obstáculos tanto más difíciles de vencer, cuanto que no provienen de una voluntad aislada, ni de una rémora caprichosa, sino de la opinión general, refractaria casi siempre á todo cambio. Entre los síntomas de este progreso que noto, deben contarse en primer término las obras ya iniciadas de la Gran Vía, y los ensayos de aviación, que despiertan sumo interés.

La Gran Vía ha sido gloria de un alcalde de Madrid, el conde de Peñalver, el cual por señas estuvo el año pasado gravemente enfermo, y, á poco más que lo estuviese, no vería casi cumplido lo que tantas veces soñó. Debe reconocerse que nadie creía que la inmensa mejora llegase nunca al terreno práctico, y se oía hablar de la Gran Vía como se habla de las comunicaciones que se establecerán, según los astrónomos, entre el planeta Tierra y el planeta Marte. Dábamos todos por eterna esa red mal oliente y sucia de calles y callejuelas, que sofoca al Madrid central con sus mallas, y rechaza la circulación, con violento aflujo, hacia las dos calles de Alcalá y San Jerónimo, haciéndolas á veces intransitables, á pesar de las buenas proporciones y anchura de la primera. Nadie estaba seguro de que Jacometrezo, donde se diría que van á surgir esbirros y corchetes, tapadas y galanes de chambergo y herruero airoso, hubiese de caer nunca bajo la mordedura de la piqueta. Igual longevidad se suponía que fuese patrimonio de la calle, de tradiciones madrileñas, del Caballero de Gracia. La idea de la gran arteria, que prestase al centro luz y aire, vida y esplendor, era tema de teatro chico, asunto de esa broma humorística, de ese estoicismo festivo, con el cual de tantas cosas nos consolamos.

Ha sonado, no obstante, la hora, y el mil veces discutido, *el planzador proyectado, se está armar en la realidad*, sólo necesita algunos años para convertirse en realidad.

Las obras se han inaugurado solemnemente. Un regio albañil dió el primer piquetazo. Ahora, quisiera yo poder añadir que legiones de albañiles profesionales le siguieron y que ya media calle del Caballero yace por tierra, hecha escombros. Desgraciadamente, la verdad reclama sus fueros. A los dos días de la inauguración de las obras, fui á recrearme en el estrago — porque, á veces, aun los espíritus más conservadores sienten ese goce extraño de la destrucción, madre de la creación — y, con profundo desencanto, noté que todavía la casa del cura se mantenía enhiesta. En vez de un ejército de albañiles, sólo vi á unos quince ó diez y seis «compañeros.» Para aumentar la sensación de lentitud, era la hora del descanso, de ese intenso descanso de los trabajadores manuales, y, sentados pacíficamente dentro de la casa que iban á deshacer, despachaban su puchero, el cocido ó el guisote traído por las esposas, como ellos agazapadas en el suelo, y como ellos alzando la cu-